

Nuestro hombre atravesó las antesalas majestuosamente, pero sin vanidad, bajando á la calle y confundiéndose en ella con la multitud como un simple mortal.

Una vez en la *Puerta del Sol* se acercó al *Bolsin* y supo *c* por *b* el movimiento de los fondos públicos en aquel día, enterándose bien de todo lo que allí se mentía, y sacando por consecuencia que haría un gran negocio el que se atreviera á jugar á la *baja*.

Dió luégo dos vueltas indiferentes por la calle de la Montera, y muy despacio, como hombre que ya ha hecho el día, se fué acercando á la *Puerta del Sol* y entró de nuevo en el ministerio de donde haría poco más de media hora que había salido.

Entre tanto Miguel lo había buscado inútilmente, y perdida ya la esperanza de encontrarlo, fué á refugiarse á casa del Duque, llena la cabeza de las más confusas ideas y el corazón de encontrados sentimientos.

Apartado entónces de la influencia que con sólo verla ejercía Magdalena sobre su alma, volvía, por una triste reacción de su espíritu, al punto de partida de su tribulación.

Como un cuerpo abandonado á sí mismo acude á buscar el centro que lo atrae, del mismo modo nuestro héroe, lejos de la dulce atracción de Magdalena, volvía á caer, como en el centro de sus pensamientos, en el abismo de los cuatro mil duros, que alternativamente le pedían el honor ó la vida.

Cuatro soluciones se disputaban el imperio de su voluntad, aumentando las indecisiones de su espíritu, verdaderamente atribulado.

Dejar de pagar aquella misma noche los cuatro mil duros perdidos en el juego, no era posible.

Dejar la vida cuando empezaba á sentir-la, era muy duro.

Condenarse á trabajar como un perro bajo la presión de aquella deuda, que acaso no podría pagar nunca, era muy cruel.

Resignarse á ser cómplice de una estafa, era muy triste.

Ser tramposo..... ¡qué ignominia!

Un suicidio..... ¡qué horror!

La esclavitud de un trabajo forzado..... ¡qué martirio!

Una miserable estafa..... ¡qué vergüenza!
La vanidad, tomando el aspecto del verdadero pundonor, le decia: «Paga.»

El orgullo desesperado le gritaba: «Muere.»

La virtud animosa le hablaba dulcemente diciendo: «Trabaja.»

El mundo, bajo la forma sarcástica é indiferente de A. Gil y Agudo, se reia á carcajadas de su angustia, gritándole: «Vive.»

No es Miguel un sér extraordinario; es un hombre como los demas; un héroe, sí, pero un héroe de novela, y debo decir en honor suyo que veia pasar los instantes sin decidirse.

Las mismas soluciones volvian á la carga, presentando á su turbada imaginacion el lado atractivo de cada una.

Pagar..... ¡qué honroso!

Morir..... ¡qué trágico!

Trabajar..... ¡qué sublime!

La estafa..... ¡qué fácil!

.....
La aguja del reloj inflexible marchaba con esa espantosa rapidez con que va de hora en hora en los momentos de las crisis supremas.

Sin saber cómo, eran ya las tres de la tarde, y Miguel no habia decidido nada..... Árbitro de su suerte, se pedia á sí mismo una resolucion que no acertaba á darse.....

Miró el reloj que latia sordamente sobre la chimenea de su despacho, y vió que faltaban tres minutos para las tres en punto..... la proximidad de aquella hora le heló el corazon..... ¡Ah! Si hubiera podido detener el tiempo..... Si hubiera podido alejar incesantemente aquella hora definitiva, probablemente no habrian vuelto á sonar en el mundo las tres de la tarde.

Tres minutos tenía para decidirse.

—No, dijo exhalando un profundo suspiro..... ese hombre no vendrá.

Luégo, conteniendo la respiracion, exclamaba:

—¡Si viniera..... si viniera.....!

Volvió á mirar el reloj y sus ojos se nublaron, aumentándose la palidez de su rostro: para las tres sólo faltaba un minuto.

Sacó del bolsillo dos cartas cerradas y las puso sobre la mesa.

Cogió la que iba dirigida al Duque y la ras-

gó..... Cogió despues la que iba dirigida al banquero, la contempló un instante y la rasgó tambien. La que habia de poner en el caballete del pabellon, al pié del retrato, estaba ya en su destino.

Volvió á examinar el reloj y faltaban dos segundos para que sonára la primera campanada de las tres; y con voz verdaderamente lúgubre dijo:

—No viene..... no viene.....

Se detuvo un momento, respiró con ánsia y se puso de pié, exclamando:

—Valor..... volveré á ser corrector de pruebas y al mismo tiempo seré secretario del Duque; con lo primero viviré en mi cuarto enfrente de mi hermosa vecina..... con lo segundo pagaré..... iré pagando.

El ángel bueno habia tocado en su razon.

El ruido del reloj anunciando que iba á dar la hora le hizo clavar los ojos en la esfera.

Dió la primera campanada, despues la segunda, despues la tercera.

Miguel las contó una á una, y cogiendo su sombrero, dijo:

—Son las tres en punto.

En aquel momento la puerta que daba á la biblioteca se entreabrió, y un criado de la casa asomó la cabeza diciendo:

—El Sr. A. Gil y Agudo.

Nuestro héroe dió un paso atras temblando desde los piés hasta la cabeza, y el señor Gil y Agudo entró repitiendo:

—Son las tres en punto.

Miguel se quedó inmóvil delante de aquel hombre sin articular ni una palabra. Parecia que tenia miedo de hablar el primero, y esperó; mas no tuvo que esperar mucho tiempo, porque Gil, acercándose á la mesa y poniendo sobre ella un lío de papeles de color, dijo:

—¡Gran día!..... Hemos hecho dos buenas acciones evitando dos muertes..... la muerte civil de un pobre ministro y el horrible suicidio de un buen muchacho..... Aquí hay ocho mil duros en billetes de banco.

Miguel quiso hablar, pero no pudo, y Dios sabe lo que hubiera dicho; mas le cortó la voz un duleísimo prelude de doble armonía,

formado por las notas del piano y los suaves tonos del *armonium*.

La mujer desconocida estaba en el pabellon.

Era la segunda vez que Miguel oía aquella música irresistible, misteriosa y ardiente, que llamaba á las puertas de sus sentidos con la ansiosa voz de todos los deleites.

Otra vez volvió á sonar la enamorada melodía de aquel motivo que dice :

«Soy tuya..... soy tuya.»

Gil tendió la mano al buen muchacho, diciendo :

—He sido puntual..... escrupulosamente exacto y me retiro..... amigo mio..... yo soy siempre el mismo.

Miguel rechazó maquinalmente la mano que Gil le tendía, y éste dió media vuelta y desapareció por donde había entrado, pronunciando estas textuales palabras :

—Recibe el dinero y rechaza la mano.....
¡ Siempre la misma, naturaleza humana, siempre la misma !

CAPÍTULO XII.

Los dos hermanos.

Algo extraordinario debía ocurrir en el gabinete reservado de la Marquesa, pues la campanilla se deshacía llamando á la doncella, precisamente en una ocasión en que ésta se hallaba muy lejos de esperar que su señora la llamára.

Mundeta—tal era el nombre de la doncella— se encontraba en su cuarto contemplando en el espejo el seductor contraste que formaban sus negros y abundantes cabellos con el blanco mate de su rostro, sobre el que acababa de pasar la pluma de cisne con que diariamente se empolvaba desde la frente á la barba y de oreja á oreja, dando á su animada fisonomía el frío aspecto de un país nevado, en el que chispeaban los volcanes de